

Cultura

Una de las actuaciones musicales más esperadas del año

ESTEBAN LINÉS
Barcelona

Puntual y a los acordes de *Dance me to the end of love* las casi 14.000 personas que llenaban de forma holgada el Palau Sant Jordi acogieron con una emocionante, interminable ovación a Leonard Cohen. El cantautor y poeta cerraba anoche en Barcelona una extensa gira que le llevado a los cuatro costados de España y del continente europeo. A Cohen se le esperaba con expectación, por los años de ausencia de la escena barcelonesa y, por qué no, debido a ese contratiempo por problemas gastrointestinales que padeció hace unos

FELIZ CUMPLEAÑOS

El artista celebra los 75 años arropado por sus seguidores de Barcelona

GENEROSIDAD

En estos tiempos, ya quedan pocos cantantes que den tanto en el escenario

días en Valencia. Anoche apareció en una forma inmejorable, impoluto en su terno cual dandy, con su sempiterno sombrero.

Cohen cumplía anoche setenta y cinco años, circunstancia festejada con cariño y aprecio propio y ajeno. Es una edad, no cabe duda, que exige bastantes prestaciones y más si el planteamiento es de un concierto de tres horas de duración (eso sí, con un intermedio de veinte minutos), con un indudable desgaste físico y vocal. El león de Montreal -hierático en el centro del amplio escenario del Sant Jordi- rugió con ansias, con una voz cada vez más menguante pero absolutamente desarmante. Atacó el *Bird on the wire* con aires blues y montado sobre la guitarra de Bob Metzger y el calurosos saxo de Dino Soldo. Una perfección, una maravilla para echarse a llorar, a aplaudir o a lo que sea. Y él, arrodillado, el semblante en trance, una magnífica iconografía artística.

No se sabe muy bien si esta será su última gira, si son unos cartuchos con los que pagar un reciente latrocinio, un desfalco protagonizado por su mánager de toda la vida, o por unas inversiones mal calculadas. Tanto da. Ojalá -es un decir- le ocurrieran muy a menudo estos percances y así podríamos disfrutarle con mayor asiduidad.

El show, espectáculo y/o concierto fue una perfecta máquina de relojería. Bajo la dirección musical del bajista Roscoe Beck, un grupo de instrumentistas arroparon al venerado bardo. Vamos, la magistral interpretación de *Who by fire* fue el ejemplo más contundente de cómo hay que hacer las cosas si uno pretende que se le



LEONARD COHEN

Música sin desmayo

El cantautor canadiense, en estado de gracia creativo, hechizó anoche al público del Palau Sant Jordi

UN FENÓMENO 'MULTIMEDIA'

Poeta... y novelista

■ El biógrafo, traductor y adaptador al español desde hace treinta años de Leonard Cohen, Alberto Manzano, presentó ayer en Barcelona *Palabras, poemas y recuerdos* (Alfabet), que recopila nuevas adaptaciones de algunas de sus canciones, fotografías inéditas, manuscritos y una entrevista que le hizo Manzano en el 2007. "Es el esfuerzo más pequeño, pero no el más insignificante que he hecho para acercarme al corazón de la

obra de Cohen, y creo que puede aportar mucha luz", indicó Manzano. Una de las perlas del libro es el primer borrador de *Alexandra leaving* de puño y letra de Cohen, inspirado en *El Dios abandonado a Antonio*, de Kavafis. Por otra parte Edhasa publica una novela escrita por Leonard Cohen en 1963, *El juego favorito*, una obra de aprendizaje que narra las turbulencias de la adolescencia, zozobra, oscuridad y el descubrimiento del amor.

respete y se le tenga en consideración más allá de contingencias puntuales. El grupo de este tipo es de los que hacen época. Al azar, por ejemplo, los arreglos con los que ha aderezado un clásico como *Lover, lover, lover*, con el sudoroso órgano de Neil Larson y el majestuoso archilaúd de Javier Mas (extraordinario músico aragonés, bien conocido por este rincón peninsular como fiel escudero de María del Mar Bonet o Manolo García) no son cosas surgidas por carambola, ni por inspiración divina. Hay curro, mucho curro y unas dosis de genialidad que no se ven todos los días.

La macrobanda, de procedencia internacional, posee dos virtudes: un protagonismo indisimulado para las voces femeninas (las

hermanas Webb y esa fascinante vocalista que responde por Sharon Robinson) y el perfecto engranaje de todo el instrumental. Los teclados (el Hammond sonaba de maravilla), el viento, una percusión metronómica, en fin, un amor por la música.

Por una vez, y pese a que no eran pocos los que aseguraban que el Palau Sant Jordi no era el marco más adecuado para una celebración como la oficiada por Leonard Cohen, el recinto olímpico estuvo a la altura de las circunstancias. Una sonoridad impecable, perfectamente matizada; una escenografía sencilla basada en hermosos cambios lumínicos; dos pantallas laterales más eficaces que mayestáticas. Y, claro, un público muy acorde con la velada. La pista central estuvo reple-